

HOMILÍA PRONUNCIADA EN LA MISA
CELEBRADA EN LA BASÍLICA DEL PILAR
EN LA FIESTA DE SAN JOSEMARÍA.
(26 DE JUNIO DE 2004)

M.I.S. DON ANTERO HOMBRÍA

Sr. vicario de la prelatura del Opus Dei, hermanos sacerdotes, hermanos todos:

1. En plenas celebraciones jubilares, preparatorias del primer Centenario de la Coronación Canónica de la imagen de la Virgen del Pilar, nos reúne hoy junto al altar mayor de la catedral-basílica con sus brazos abiertos y su sonrisa alegre la figura entrañable, acogedora y cercana de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

Él viene a esta Eucaristía, alabanza de acción de gracias a Dios, lo mismo que en el Cielo. La llamamos este año “la Misa del Peregrino”. ¿No fue acaso san Josemaría, en su larga vida y entre el Camino y los caminos del mundo entero, peregrino del Pilar? ¡Cuántas veces atravesó sus umbrales! ¿Podrían contarse las ocasiones en que se asomó a este retablo mayor que hoy nos contempla? Sobre todo, sería imposible contabilizar sus accesos a la Santa Capilla para “ver” a la Virgen, como decimos siempre aquí, para orar ante Ella, para celebrar la Eucaristía con el mismo fervor que aquel primer día, allá en marzo de 1925, para hacer palpitar su corazón tejiendo una corona de fe, esperanza y amor para la Madre.

2. Es muy rica la corona que en mayo de 1905 ofreció el pueblo español –sus mujeres sobre todo– a la Virgen del Pilar. Pero permitidme que, con todo respeto y recato, me acerque a esa corona para intentar descubrir dentro de ella abundantes piedras preciosas que san Josemaría añadió a lo largo de su vida: ¿Diamantes de firmeza en la fe?, ¿esmeraldas de verde

esperanza?, ¿rubíes rojos de sangre?, ¿perlas regias de finura de alma? Yo pido a la Virgen del Pilar que me ayude a encontrar entre páginas escritas por san Josemaría Escrivá de Balaguer algunas de esas joyas, alguno de esos engarces. *Domina, ut sit!*

3. San Josemaría conoció muy bien el Pilar. Incluso en los momentos más difíciles de este templo, cuando se anunció su ruina y se acometieron obras arriesgadísimas; entonces y siempre, su vinculación con el Pilar fue constante e indisoluble. Y es que bien sabía él, y así lo escribía, que *la devoción a la Virgen del Pilar comienza en mi vida desde que con su piedad de aragoneses la infundieron mis padres en el alma de cada uno de sus hijos.*

Pero, ¿qué tenía el Pilar para san Josemaría? ¿Cuál era su secreto y su misterio? ¿Le entusiasmaba acaso la soberbia sillería del coro, la majestad del retablo, la maravilla de las pinturas de Goya, de los Bayeu o de González Velázquez, o la filigrana de la Santa Capilla de Ventura Rodríguez? Él nos dio la respuesta. No fue prioritaria para él una visión monumental o artística del Pilar, aun cuando la entendió y saboreó. Escribió: *Entre las paredes de este templo –de éste, hermanos–..., entre las paredes de este templo –que parecen de piedra y son de amor– se ha encendido el cariño de muchas generaciones de cristianos.* Para san Josemaría, templo de amores y santuario de misericordia... Él supo que estaba edificado sobre *millones de jaculatorias, de piropos callados, de lágrimas contenidas, de rezos de niños, de tristezas convertidas en gozo, al sentir en el alma la caricia amorosa de una Madre.* O sea, san Josemaría tuvo la vivencia auténtica del Pilar, experimentada por un santo.

4. Experimentada con profundo sentido de humildad. Y al mismo tiempo percibida como gracia. *No me atrevo a dar lecciones cuando me refiero a un lugar donde tanto he aprendido. No busco aquí prosélitos, sino cómplices, compañeros en la bendita tarea de cantar a la Madre de Dios.* Eso escribía... Pero, hermanos, ¡vaya si dio lecciones! ¡Cómo comprendió y expuso el sentido profundo del Pilar! *El sentido profundo del Pilar no es ni ha sido nunca ocasión para un sentimentalismo estéril. Establece una base firme en la que se asienta una norma de conducta cristiana, real y sólida. Es cuestión de amor, no de un sentimentalismo superficial que necesite de la emoción, aun cuando no sea rechazable el fervor sensible, si Dios quiere darlo. Amar a María en el Pilar significa conocerla, tratarla. Y tratar a María es también conocer y tratar a su Hijo, penetrarse de su palabra, cuidar, hasta la fidelidad, su enseñanza.*



San Josemaría Escrivá de Balaguer.

O dicho de otro modo, María en el Pilar no es el centro de nuestro credo cristiano, pero está en el centro como garantía de la Encarnación. El conocimiento de la verdadera doctrina sobre María será siempre la clave de la exacta comprensión del misterio de Cristo. Ella, tan pequeña, pero tan entrañable, ahí en el Pilar, enseñó a san Josemaría y nos enseña a todos, porque puede decirnos quién es Jesús, qué es para nosotros, qué somos nosotros para Él, qué podemos hacer juntos.

San Josemaría meditó en el Pilar sobre la maternidad divina de la Virgen –su mejor joya–, sobre su Inmaculada Concepción, su gloriosa y definitiva Asunción, en la certeza de que hay que conocerla desde los ojos de su Hijo. Con su luz se ilumina el rostro de la Madre. *A Jesús por María y a María por Jesús*, como a él le gustaba decir y resumía en felicísima precisión.

5. ¡Cuántas joyas engarzó san Josemaría en la corona de la Virgen! ¡Cuánto tendríamos que hablar! ¡Cuánto tendríamos que prolongar esta celebración! Pero hoy, su *dies natalis*, él está en el Cielo, con Dios y para Dios. Y aunque concelebran conmigo grandes teólogos, que quizá podrían poner algún pero a mis afirmaciones, dicen otros que también en el Cielo, en estos *dies natalis* hay felicitaciones. ¿No habrá recibido san Josemaría Escrivá de Balaguer la felicitación de la Madre? Yo creo que solamente le ha dicho una cosa: “¡Tú eres mi corona”. “Tú, que me coronaste con tu vida y con tus obras. Tú, que me coronaste con tu espiritualidad. Tú que me coronaste con las instituciones a las que diste vida. Tú eres mi corona”.

Seguro que él, pescador de hombres, asombrado todavía de su pesca milagrosa, os ha mirado a todos, nos ha mirado a todos, para decirnos en indicativo, lo que queremos repetir este año tantas veces en el Pilar: “Vosotros **SOIS** la corona de la Virgen”. Vosotros sacerdotes, vosotros miembros de la Prelatura, vosotros hermanos míos, amigos míos, vosotros, cada uno con sus manos, con su vida, con su historia. Incluso tengo la certeza de que con su firmeza, pero con su amabilidad de siempre, san Josemaría hoy, cambia el indicativo por el imperativo: “Vosotros –y yo, mis hermanos–..., vosotros, **SED** –junto a san Josemaría–, **SED** la corona de la Virgen”. Amén.

Antero HOMBRÍA

Presidente del cabildo de Zaragoza